

Reportaje Elemental: Aproximación A La Obra De Pedro Rosell

Enrique Elissalde

Nº 20 FTL

REPORTAJE ELEMENTAL: APROXIMACIÓN A LA OBRA DE PEDRO
ROSELL

Contenido

Reportaje Elemental: Aproximación A La Obra De Pedro Rosell	1
-I- DOS FECHAS PARA UN NACIMIENTO	2
-II- CUANDO CAYÓ EL TELÓN	7
-III- ARGENTINA INTERNACIONAL	10
-IV- LA PALABRA Y SUS RECODOS	13
-V- GALERÍA	16
-VI- SER OPTIMISTA, TODAVÍA... ..	19
CRONOLOGÍA INFORMAL.....	21

Enrique Elissalde

"Que tenemos que hablar de muchas cosas, compañero del alma, compañero"

Miguel Hernández.

No es fácil llevar al papel las conversaciones de tantos años; la admiración y el siempre alerta afecto hacia el maestro; las veladas compartidas junto al vino, o al mar de las vacaciones, o cerca de las cunas donde crecían los hijos o, ¿por qué no? las discusiones, los desencuentros que apretaban el corazón hasta hacerlo gotear tristeza...

No es fácil pero vale la pena intentarlo cuando, como en el caso de Pedro Rosell, se trata de alguien que rebasa el marco de la amistad personal para situarse en la confluencia del testimonio y la acción de una larga vida dedicada al prójimo ciego y a la poesía...

Hablar con Pedro es hablar con una época que hunde sus raíces en el Instituto de Ciegos de Buenos Aires de los años 1925 a 1939 y se proyecta hasta nuestros días, pasando por los azarosos tiempos del Patronato (1939 a 1947), o los comienzos de la Biblioteca Julián Baquero (1952), o la creación de la Escuela Hadley (1966); mientras que en el propio Buenos Aires y en otras comarcas latinoamericanas, se creaba y recreaba el Consejo Panamericano Pro Ciegos (1956 a 1985).

Y, como si todo este escaparate de más de 50 años no fuera suficiente también se nos asoma, -sonriente y con palabra fresca-, el poeta, ese Rosell constructor de elegías, treguas, romances... Amigo de renombrados poetas -Neruda, Alberti- y, a su vez, amigo de hacer nuevas amistades a través de la poesía, para aprender más de la vida o para enseñar más sobre la vida.

Pedro creó -sigue creando- a un Rosell poeta que junto al Rosell tiflólogo, conocimos a mediados de la década de los cincuenta cuando, sin saberlo, iniciamos un diálogo que hoy queremos volver palabra escrita, palabra que vaya y venga entre ciegos y videntes, como siempre fue y vino el propio Pedro...

Como decía Gerardo Diego de las antologías poéticas, este reportaje es un error: es "nuestro" el modo de preguntar, de elegir preguntas y elegir respuestas, de tomar o dejar palabras, vida... No es, -no lo puede ser-, la imagen de un Pedro total: faltan numerosos aspectos de su vida y de su personalidad; faltaron, deliberadamente, preguntas sobre su vida privada, su familia, su Fary, sus hijos, sus nietos... Es, simplemente, un reportaje elemental que le hicimos a Pedro en Montevideo entre el 30 de setiembre y el 2 de octubre de 1993. ¿Reportaje? ¡En fin! Una conversación más, otra vez frente a frente para quitarle recuerdos al tiempo, ganar reflexiones para este presente y recoger una cosecha de invalorable experiencia y ricos testimonios que hoy queremos compartir con nuestros lectores al presentar esta aproximación a la obra de Pedro Rosell...

-I- DOS FECHAS PARA UN NACIMIENTO

Pedro nació el 20 de marzo de 1918 y el 20 de mayo de 1920. La primera vez en Valparaíso, Chile; la segunda, en el mismo Valparaíso, pero para vivir en Argentina.

Fue cuando estalló la guerra entre Chile y Perú.

"Mi viejo pensaba llevarme a Perú, a Lima; a su Patria; -explica Pedro-. Quería hacerme peruano y que mi abuela fuera mi madrina. Pero justo ese año, 1920,

empezó la guerra y él tuvo que salir disparando de Chile. La escapada más rápida, más segura, fue hacia la Argentina. Yo me quedé con mi madre en Chile. Para poder juntarnos con mi padre, tuvimos que regularizar mis papeles. Así fue como me inscribieron el 20 de mayo de 1920 (no el 20 de marzo de 1918 que fue cuando nací) y me quedé con dos años menos”.

Dos fechas pero, quizás, muchos menos recuerdos: Pedro apenas tenía dos años y medio... Sin embargo...

“Cuando tuvimos que seguir a mi padre a la Argentina, -recuerda-, cruzamos la cordillera en tren. Recuerdo dos o tres elementos: el tren; haber visto por las ventanillas un caballito con un cochecito o carrito, que para mí eran como de juguete porque los veía pequeñísimos, pasando por detrás de la estación. La otra visión que también ha perdurado es la del efecto azulino, de la nieve en la altura de la montaña”.

LA CAÍDA DEL RING

Alguna vez Pedro nos contó que perdió la visión como consecuencia de un gran golpe al caer del ring. (Improvisado ring sobre una mesa, cuando tenía 6 o 7 años y mantenía duros combates con amiguitos de su misma edad). Cayó; dio su nuca contra el suelo y comenzó su desprendimiento de retina... Pero ahora, nos gustaría saber, cómo, o cuándo, fuiste consciente, o intuiste, que eras un niño ciego.

“Fue cuando en casa se habló de llevarme al colegio, -nos cuenta Pedro-. Para mí no tuvo un significado especial porque sencillamente se trataba de ir al colegio. Y el hecho de que fuera un colegio especial tampoco tuvo un significado, o por lo menos, en casa no se lo interpretó, ni se lo transmitió de otra manera”.

(Conocimos al padre de Pedro: un delicioso viejito que se sacó las ganas de vivir cien años y después se fue a descansar; un viejito que parecía no dar un “significado especial” a la ceguera, ni de su hijo ni de los amigos de su hijo).

“Llegué muy normalmente a internarme al colegio; -continúa Pedro-, como lo dije en mi poema “Efemérides”, “...con maleta y con madrina, de la mano de mamá”.

Recordamos que, en una ocasión, nos dijo que, antes de ingresar al Instituto, había concurrido a una pequeña escuela de su barrio...

“Era una escuelita particular, casi un jardín de infantes, -explica Pedro-, donde alcancé a hacer los palotes y las primeras letras”.

Indagamos un poco más sobre su visión:

“Yo, por lo menos, no había notado nada, -confiesa-. Quien notó la diferencia fue una de las maestras. Notó que yo bizqueaba.

Parece que empleaba más un ojo que el otro. Entonces lo comentaron con mi madre. Así fue que empezó la ronda oftalmológica. Se dijo de todo. De todo pronosticaron; creo que hasta mi muerte muy pronta se la habían anunciado a mis padres. Por fortuna, hasta ahora sigo vivo a pesar de la ceguera de varias décadas”.

A LA BÚSQUEDA DEL INSTITUTO PERDIDO

Quizás hubo algún detalle, algo, que Pedro encontró nuevo, distinto, esa tarde en que llegó al Instituto...

“En el Instituto -nos dice-, empezaron a llamarme la atención algunas conductas. Ahí oí precisamente la designación de ciegos. La tarde que llegué, el grupo de niños en el que me pusieron, evidentemente estaba formado por ciegos. Me querían mostrar todo, enseñarme todo. Yo veía todavía un poquito y recuerdo que

me tocaban la cabeza. Naturalmente yo estrenaba el delantal del uniforme, que estaba bien durito, planchado con sus tablones... Todo eso me llamaba mucho la atención; además, el afán de hacerme tocar todas las cosas que me mostraban. Ahí sí empecé a tomar conciencia de cuál era el ámbito, sin advertir todavía que yo estaba incluido en la circunstancia. Pero no sufrí para nada. Cómo será que yo llegué un jueves 4 de junio de 1925 y el sábado me tocaba, ya, salida de fin de semana con mis padres. Cuando mi mamá fue a buscarme yo no quise salir. Estaba muy a gusto”.

(La voz de Pedro adquiere paulatinamente otras resonancias: patios, pasos, pasillos, plantas...y, a medida que avanza, se vuelve más confiada y atrayente esa -su- resonancia).

“El colegio era una casa muy simpática, grande; una casa antigua con grandes patios, largos corredores, un jardín hermoso, lleno de plantas, de árboles, con sus senderos bien señalados. Realmente era un lugar feliz. A los demás chicos yo los sentía tan cómodos y tan felices como yo me sentía.

-Y detalladamente reconstruye el Instituto de la calle Rivadavia-: Era el pabellón de mujeres donde estaban los niños, los pequeños, hasta los diez u once años. Había una gran cantidad de chicas ciegas de diversas edades, desde niñas hasta señoritas. Era un movimiento de gente intenso.

No había un pabellón único. Estaba conectado con la otra casa. Eran dos casas grandes gemelas que tenían talleres al fondo y también su jardín e instalaciones de juegos y deportes”.

Intentamos que, en esa tierna, cálida reconstrucción, ingresen las maestras...

“Para mí, la más simpática era Juana Irazú, la señorita Juanita, que era de una familia vecina que tenía un aserradero por la calle Terrero”.

Pero nuestro intento se desvía. Pedro puntualiza que “Era una familia que había tenido vinculación con quien fuera el fundador de la primera escuela de ciegos, Francisco Gatti, un maestro ciego, italiano, que en la época en que yo llegué al Instituto, de Director que había sido, figuraba como profesor de musicografía. Llegó a ser profesor mío en la materia.

Creo que fui del último o penúltimo grupo al que Gatti enseñó...”

Queremos rescatarlo de Gatti, que del gran maestro hable después.

Tímidamente, le preguntamos: “¿Cómo era el pabellón al que ingresaste?”

Pedro regresa a su tierno modo de evocar: “En la planta baja estaban la biblioteca, las aulas, los comedores, la ropería. Había dos patios, uno delantero, muy grande donde los ciegos y ciegas se paseaban tomados del brazo y donde los más chiquitos andaban a las carreras por los pasillos laterales, entre columnas y bancos que había para descansar. En la planta alta estaban los mismos pasillos, pero conectados con el patio; allí estaban los dormitorios y los baños.

Estaba el dormitorio de los chicos, el de las pequeñas (las muchachitas más chiquitas) y después venían los dormitorios de las medianas y de las mayores. Y había todavía una planta más: la enfermería”.

AQUELLA PRIMERA NOCHE

Imaginamos que, como todo niño, Pedro habrá notado (sufrido) el cambio. Casi no hay niño que no deje una lágrima allí, donde, la primera noche, se cruza su pasado en casa con su presente en el Instituto.

“Estuve mucho tiempo en vela -confiesa Pedro-. Creo que se debió mucho a que los dormitorios daban sobre la misma calle Rivadavia y había bastante tránsito y

pasaban los convoyes del Subterráneo A, que venía de plaza de Mayo; salían sobre el barrio de Caballito a la superficie y seguían su trayecto hasta Liniers. Eran unos coches que hacían unos ruidos extraordinarios, aparte del ruido del traqueteo de los rodados; tenían los frenos de aire comprimido. Todo eso me llamaba la atención”.

NIÑOS: ¡A COMER!...

Sobre ese traqueteo de rodados, dejamos caer (como cae la cuchara en la sopa), otro borde de la memoria: ¿Y qué te pareció la comida?, ¿qué pasaba con la sopa?...

“Los caldos no eran muy sabrosos y los fideos no muy abundantes. Pero había compensaciones. No comíamos mal porque el plato sólido casi siempre incluía carne de alguna manera, o churrasco con ensalada, o guiso, o pastel de carne. También había postre, los dulces típicos, de batata, de membrillo. La tradicional empanada de los jueves era como un trofeo; la disputábamos en apuestas por cualquier cosa...”

—¿Y ganabas?

“Alguna vez gané y otras perdí” se ríe Pedro. “Porque San Lorenzo, (mi cuadro favorito), ha sabido ganar mucho y perder mucho”.

Volvemos a enfrentar a Pedro con el momento de comer: ¿alguien les cortaba la carne?

“Había empeño por enseñarnos a manejarnos individualmente lo mejor posible... Cuando yo entré, durante todo ese año, comíamos aparte de los comedores. Entonces, con objeto didáctico, nos servían unos lindos churros, bien jugosos y acompañados con polenta frita o con algún budín, chuño o tapioca, más el café con leche. Como el grupo era pequeño se ocupaban de enseñarnos a manejar los cubiertos y a cortar la carne.

Luego, en los comedores mayores vigilaban que la gente no hiciera disparates y que, en lo posible, se manejaran con propiedad frente a la comida. No faltaban barrabasadas, desde luego. Más de una vez se oía que reprendían a alguien, y decían: “¿que te crees, que vas a estar comiendo como perro?”.

EL ASEO PERSONAL Y OTRAS REFLEXIONES

Quienes conocen a Pedro Rosell, le habrán oído decir en conferencias, charlas o conversaciones mano a mano, el positivo estímulo que es para los chicos ciegos, la competencia que se da en un colegio, donde están todos juntos, a propósito del orden doméstico o el aseo personal. Ahora, expresa una vez más su pensamiento al hablar de su Instituto:

“Las mismas celadoras se repartían el trabajo; no siempre la misma, pero había una con los más chicos y otra con los mayores. En el primer momento enseñaban el uso del cepillo de dientes, del peine, el lustrado de los zapatos. Eran exigentes y, cuando alguien había escapado al contralor matutino, en la entrada a las clases se lo señalaban. Si tenía los zapatos sucios o mal lustrados, se lo indicaban; cuando era muy grave, para que fuera a arreglárselos y, si no, para recordarle que tenía que traerlos en condiciones.

Esos chicos, todos, al volver a casa, asombrábamos a nuestras familias, y les ahorrábamos la realización, en tal caso, de un proceso que no sabían cómo hacer con su hijo ciego, para enseñarle tal o cual cosa. Además se sorprendían de la posibilidad real y de la ejecución normal de una serie de hechos que no hubieran soñado”.

TIEMPO DE VACACIONES

Sobre las palabras de Pedro se superponen otras: reaprender, después de las vacaciones los pequeños tienen que reaprender: ¿No se perdía todo eso cuando iban a casa y los mimaban?

“Pasaba seguramente en muchos casos, -admite Pedro-; pero el peso de la práctica casi anual era muy importante. Uno no desaprendía; podía dejar de hacer, podía malcriarse un poco, pero no desaprendía lo que ya sabía hacer”.

RECONOCER LOS ÁRBOLES... JUGAR AL FÚTBOL...

Regresamos al colegio con Pedro, pero ahora para jugar, trepar, correr...

“Jugábamos muchísimo, -recuerda- con gran libertad de movimiento. Hacíamos trenes para correr juntos. Generalmente, el que tenía algún resto visual, hacía de locomotora. Tomados por uno de los hombros, ahí andábamos entre los grupos y las barras que se paseaban. Las mujeres, sobre todo, protestaban muchísimo, porque los chicos hacían toda clase de líos. Luego, teníamos un acceso absolutamente libre al jardín para correr, para saltar, treparnos a los árboles. Había muchos árboles; unos muy desarrollados, con mucho ramaje; era realmente una invitación y una gran tentación para el ejercicio de toda clase de pruebas.

Era un jardín con canteros. Había unos canteros laterales y un gran cantero central, donde estaban las plantas más importantes. Había un sector de ese mismo cantero que tuvo hamacas. Pero no era, como hoy se dice, un jardín-tiflo. Los elementos que servían de señal eran los mismos accidentes naturales, las plantas grandes, los árboles, que uno ubicaba y sentía y aprendía a reconocer y a utilizar como referencia auditiva o acústica.

Después había un patio de arena, donde se hacían túneles y construcciones.

Además, los juegos tradicionales: las rondas, las escondidas, el robo de los limones. Mucho de esto que ahora te digo, lo escribí en mi poema “Interpelación a un viejo jardinero”.

Nos introducimos en esas rondas y en esas escondidas, para saber qué pasaba con el fútbol.

“La cancha estaba en el pabellón de los varones, -nos explica-, de los más grandes. Era una cancha cerrada de tierra mejorada, donde la pelota sólo salía de juego cuando pasaba detrás de los arcos, donde estaban las alambradas”.

Entramos en esa cancha para saber si Pedro jugaba y de qué...

“Generalmente de delantero. Éramos varios los que manejábamos bien la pelota. Había uno en particular, Roberto Pernas, que además después fue muy buen músico popular, que tenía una gran habilidad, jugaba bien al fútbol, a los naipes de cualquier clase...”

CHICHONES Y AMIGUITOS QUE VEN

Aprovechamos un momento en que los recuerdos pasan detrás de los arcos y pegan contra la alambrada, para traer la imagen de los niños que ven: en el Instituto, ¿no quedabas aislado de los niños que ven?...

“Tenía amiguitos, vecinos de casa, con los que jugábamos y hacíamos una vida de relación muy normal. Salía del Instituto los fines de semana. También los veía en las vacaciones largas. Pero -confiesa-, en los últimos años, alguna vacación de invierno o algún fin de semana largo, yo me quedaba igual en el Instituto porque me gustaba mucho disfrutar de la tranquilidad cuando quedábamos muy pocos... Insistimos con los amiguitos videntes: ¿qué pasaba?, ¿a qué jugaban?...

“Andábamos en bicicleta o en monopatín... Hacíamos carreras. Más de una vez tuve un accidente, un chichón. Eso era una gran aventura...”

UN MITO LLAMADO BASTÓN

¿Y el bastón? nos preguntamos y le preguntamos a Pedro. Ustedes corrían, se subían a los árboles, ¿pero y el bastón?

“No, ni soñar”, -contesta rotundamente-.

Insistimos: en el Instituto no había problema, ¿pero cuando salías a la calle?

“Ni pensarlo -reitera contundente-; nadie pensaba en el bastón”.

¿Tampoco pensaban en los pozos, o en llevarse por delante a alguien; o, que la gente o los coches, los atropellaran?...

“Alguna vez puede ser que tuviésemos algún pequeño incidente pero no eran mayores que los que ahora pueden ocurrir con el bastón”.

Cambiamos un poco el ángulo para insistir: aparte de los que tenían lazarillo o familia, los que como tú iban y venían solos, ¿no tenían problemas? Cuando ibas a tomar un colectivo, a subir al Subte o al ferrocarril, ¿no te dificultaba la falta de bastón para pedir ayuda?

“No. Yo empecé a trabajar en el 39 y me emancipé de mi familia. Viví solo en el centro, en una pensión. Uno solicitaba la colaboración de la gente”.

Pero tú después usaste bastón...

“Sí, -admite Pedro- y lo curioso es eso, que lo usé. Creo que fue una especie de proceso de maduración, motivado por la complejidad progresiva del medio urbano, porque empezó a haber más obras en construcción, más dificultades, más pozos, un tránsito mucho más intenso. Creo que todo eso contribuyó realmente a aceptar la idea del uso del bastón”.

Queremos saber fechas: ¿Más o menos desde cuándo lo usas de un modo constante?

“¿Cuándo habrá sido?” se pregunta a su vez. “Cuando estuve en los Estados Unidos en 1954, en el Instituto de Nueva York, no lo recibí; me lo ofrecieron (que no me lo impusieron). En Estados Unidos mismo, la mayoría del alumnado del Instituto, no usaba bastón.

Hablo de los propios norteamericanos. Era una técnica que entonces trataban de imponer, que había tenido un gran estímulo con la Rehabilitación de los ciegos de guerra.

Pienso entonces que fue más o menos por 1960 cuando empecé a usarlo regularmente; con precisión no lo recuerdo. Y lo curioso, tal vez sea, que yo ya desde antes, recomendaba el bastón a otros que tenían muchas dificultades, que tenían muchos temores”.

Sonrío, soy uno de aquéllos a quienes Pedro recomendaba el bastón: me alentó, me quitó miedos... Pero ¿en aquel entonces (1958, 1959...) no usabas bastón?

“Creo que no, todavía”.

Recuerdo que un día en Buenos Aires entramos en una escalera mecánica... y me enseñaste cómo se subía, y después seguimos hasta el Subte e íbamos sin bastón los dos... (Nos reímos)...

-II- CUANDO CAYÓ EL TELÓN

Nueva York... esas dos palabras, esa única ciudad, que Pedro nombró antes de las risas, vuelve a la memoria. Y, con ella París, Londres. Porque Pedro visitó

esas ciudades, estuvo en sus institutos. La pregunta llega sola: Si tuviéramos que comparar el Instituto donde tú estudiaste en Buenos Aires con estos otros de Europa y de Estados Unidos, ¿qué resultaría? ¿Estaban a nivel, a desnivel? “Fue para mí una sorpresa muy grande, -responde-, comprobar que nuestro colegio no tenía mucho que pedirle a los del extranjero; que en tal caso seguía más o menos sus pasos”.

Sin embargo, hacia 1939, cayó el telón: el Instituto fue cerrado.

Estamos en tus 20 años de edad. ¿Cómo recibiste la noticia?

“Hubo varios intentos -explica Pedro-. Parece que se inspiraban en algunos consejos que les dejó Frampton, el Director del Instituto de Nueva York, cuando estuvo de visita en Buenos Aires.

Primero quisieron mudar el Instituto de la calle Rivadavia a las afueras, a dos horas de Buenos Aires. Pero estábamos todos descontentos porque nos arrancaban de la ciudad. La casa no era lo suficientemente amplia como para acomodar todo lo que había que arreglar ahí. En rigor, no llegó a mudarse. Después... el Hogar-Escuela “Santa Cecilia” -para mujeres- fue instalado en Villa Lynch, en el conurbano; lo mismo que los recién creados hogares para ancianos en otros puntos de ese conurbano. El Hogar-Escuela “Manuel Belgrano” -para varones- tuvo al principio el privilegio de ocupar una gran casa colonial en el barrio de Palermo en la capital. (Aquellos hogares de ancianos albergaban, salvo alguna excepción, mayoría de ciegos adultos bastante distantes de una ancianidad.)

Desde el punto de vista educativo creo que fue el comienzo del deterioro, del gran retroceso. Paulatino, al principio, porque se conservó parte del personal docente que estaba antes.

Sin embargo, te diré que, el campo laboral, en este primer momento, fue brillante.

Empezaron los cursos de la Banda, con el proyecto de formar la Banda. Luego se fortaleció la Imprenta; del esquema elemental, básico, de la imprenta del Instituto, empezó a funcionar la Editora. Empezó con la publicación de la Revista General, que era muy insípida.”

ACODADOS EN LA HISTORIA

Para nosotros fue un privilegio: oímos a varios compañeros de generación de Pedro, hablar del Instituto.

Incluso a alguien de una generación anterior, a un maestro, a Pegoraro (a quien oímos y leímos ¡vaya privilegio!). En todos ellos quedó intacto aquel edificio de la calle Rivadavia, sus maestros, sus celadores... Para casi todos ellos, después del Instituto el diluvio...

Llegamos, entonces, al tiempo en que todo se fragmentó: saltaron, aquí y allá, impulsos, grupos, intentos... Y cuando, al fin, fue el momento de pensar, en la unificación o, al menos, en la vinculación tiflológica, se creó la Junta de Vinculación Tiflológica, que Pedro, ahora, nos cuenta de este modo:

“La Junta fue el primer ensayo de pre federación. Se tomó conciencia de que estaba muy fragmentada la situación, que era importante reunir esfuerzos entre las pocas entidades de entonces, para asumir una orientación unitaria”.

Pedro cuelga, quién sabe dónde, su suave tono evocativo. Se vuelve grave, preocupado. Aumentamos esa gravedad y esa preocupación, al preguntar ¿Por qué no se logra entonces la unidad? ¿Por qué Argentina tiene que vivir las

experiencias federativas o de uniones, si antes ya existió la Junta con un mandato unificador tan claro?

“Creo que fueron las apetencias o las influencias personalistas. En cada ocasión estuvieron en pugna las capacidades, los entusiasmos o las aspiraciones de más de una persona. Todo esto motivó la creación de nuevas instituciones”.

Cuando Pedro dice “nuevas instituciones” nos pasa por la mente la larga lista de organizaciones argentinas de y para ciegos.

Pero -pensamos-, quizás hubo un momento en que se estuvo cerca, o al menos, no demasiado lejos, de la unificación...

“En la Junta había mayor solidaridad de ideas, -contesta-. Se luchaba contra un adversario común, que eran las instancias estatales. Como casi todas las escuelas dependían del Estado, más algún otro servicio, casi todas las especulaciones se dirigían contra lo estatal. Las entidades privadas por sí solas, aisladas, poco podían hacer. Entonces, la Junta constituyó una especie de representación colectiva. Introdujo algún proyecto, pero casi nunca fueron verdaderamente consagrados”.

FADIC Y LA UACA: LOS JÓVENES AL PODER

“FADIC fue el primer intento serio de federación de las entidades argentinas, -explica Pedro-. Se creó en Córdoba, como propuesta y decisión fundamental del Primer Congreso Nacional de Ciegos, en 1965, convocado por la Asociación Pro Ciegos de Córdoba (APROCIC), bajo la conducción e inspiración de su Presidente, Don Hipólito Raúl Quiroga (que había llegado a Córdoba desde San Luis). Allí se asoció al conjunto de unos pocos dirigentes más o menos reconocidos un grupo de abogados: Hugo García Garcilazo, Roberto Ramos, Carlos Caparroz, de Buenos Aires, más otros del interior del país. Allí se constituyó “FADIC” (Federación Argentina de Instituciones de Ciegos) y se tuvo el sentimiento de que verdaderamente se iniciaba una nueva etapa, una etapa de consolidación. Pero, a poco andar, aparecieron disidencias internas y también otras externas, donde no faltó nuevamente la incidencia de intrigas por parte de algunos dirigentes con cierto predicamento, como Don José Fernández mismo, en una actitud negativa para los objetivos comunes.

Tras sí arrastraron un buen número de gente y acabaron desprestigiando el intento que había sido realmente colectivo.

Yo participé del año 70 al 72 en la FADIC como delegado de APROCIC, en carácter de Secretario de Actas. Fue tal el desencanto por la inacción (era un grupo selecto que se reunía una vez por mes para grandes polémicas, para grandes deliberaciones, pero que jamás derivaban en acción), que renuncié a esa posición. Eso me dio coraje para inducir la fundación de lo que fue después UACA, la Unión Argentina de Ciegos y Ambliopes. No obstante, fui excluido de la UACA automáticamente desde el primer momento. Como yo no me he sentido nunca verdaderamente político, o con aptitudes políticas para la lucha proselitista y para estar en la intriga, en el manejo de la gente, tampoco me he esmerado especialmente en luchar contra esas pequeñas políticas”.

ESA SENSACIÓN DE DISPERSIÓN

La política -creemos-, pequeña o grande, mezquina o generosa, es lo que de ella hagan los políticos. Hoy, ¿qué pasa? ¿Hubo variantes en la Argentina actual?

“No hubo -responde Pedro-. En este mismo momento, más bien hay una sensación de dispersión, de abandono, de debilidad. Creo que es justo hacer

salvedad de algún centro del interior cono de ciertos períodos de acción en los mismos que se han aproximado o procuran aproximarse a los rumbos correctos...” Y Pedro aclara: “Hay gente que cree seriamente en la necesidad de consolidar una federación de instituciones y de unificar el movimiento tiflológico argentino, en el plano nacional e internacional. Pero la forma de las candidaturas, no acaba de reunir nunca a gente que verdaderamente pueda constituir un equipo eficiente y dinámico”.

La acción, sobre la mesa -entre los pocillos de café-, rueda la acción como un desafío: ¿la acción no superaría todo esto? ¿Qué acciones propondrías?...

“El contacto institucional efectivo, la consulta, el debate con las entidades oficiales, el proyecto de incidir en el plano estatal para lograr la modificación de las políticas estatales en el manejo de la educación, la rehabilitación y la asistencia social a los ciegos. Todo eso ha quedado descuidado o mal coordinado y se han convertido (casi todas esas experiencias oficiales), en reductos burocráticos con el sello de ocuparse de la problemática de la discapacidad visual. A grandes trazos, uno puede decir que sí, que están y que atienden, pero los resultados son tan malos, tan débiles y tan desatinados con respecto a la realidad y a la información que permanentemente se recibe y se comprueba a través de los contactos con la vida tiflológica internacional, que resulta desalentador”.

-III- ARGENTINA INTERNACIONAL

Algo que siempre me llamó la atención de la Argentina tiflológica, es su aislamiento. Por los años 50, cuando se hace la primera Conferencia Interamericana en San Pablo (1954) y después en Lima el Congreso Panamericano, (1956), Argentina permanece apartada. Algo de eso le ha seguido pasando. Mientras que Brasil fue protagonista de muchas cosas a nivel del Consejo Mundial, o de organismos regionales, Argentina en general tuvo una tendencia a separarse, a estar aislada...

“Coincido en general con lo que estás diciendo -razona Pedro-. Creo que hay en nuestra tiflogía argentina, la incidencia de factores que no sé si atreverme a designarlos como idiosincrásicos. La Argentina se engolosinó, con el prestigio ganado sobre toda Latinoamérica, desde fines del siglo XIX y principios del XX. También tuvo Argentina una trayectoria social, cultural, liderada por personalidades verdaderamente influyentes y decisivas en la historia inicial de la Argentina. Pienso en Rivadavia, en Juan Bautista Alberdi, en Sarmiento, en Bartolomé Mitre.

Hubo un gran sector de pensamiento argentino, lo que le valió un gran prestigio, que después no supo sostener. Porque esas políticas sociales e intelectuales (sin querer o tal vez queriéndolo) provocaron la retención del poder en pugna con las apetencias y las necesidades populares. Entonces tuvimos todo ese derrotero de revoluciones, golpes militares, lo que ha prevalecido hasta la actualidad de un modo extraordinario en el destino de todas las cosas, de todos los intentos y todas las posibilidades de la sociedad argentina.

Como te decía, ese desarrollo histórico general ha incidido, indudablemente, en nuestra tiflogía, en los temperamentos, en las conductas de la gente, de los grupos, de las instituciones. Naturalmente, la sociedad se ha imbuido de una capacidad teórica, o de una importancia o significación humanista o seudo

humanística, que ha hecho pensar en una suficiencia argentina. Todo esto nos ha apartado, realmente, de los movimientos o de las experiencias internacionales generales.

En la Argentina ha habido una tendencia muy generalizada a creer que somos campeones prácticamente en todo y, naturalmente, hay una franja intelectual, consciente, responsable, que hasta ha encontrado expresión autocrítica e irónica en más de un ejemplar. Tal vez, el caso más notorio sea el de Jorge Luis Borges, que se ha reído mucho de los mismos argentinos y de sus pretensiones.

Desde la década de 1880 casi hasta la del 1930, hubo contactos con los europeos y los norteamericanos, sobre todo en el plano de la provisión de elementos, la búsqueda de textos, de materiales didácticos, de métodos transcritos al braille. Se dio, también, la participación de algún delegado argentino en reuniones internacionales europeas o norteamericanas. Tal vez no tuvieron, no encontraron aquí el eco indispensable, a pesar de que, en aquellos momentos, era mucho más fácil realizar, gracias a los recursos económicos que se disponía.

Pero después parece que se desarrolló una especie de autosuficiencia y de ignorancia de todo lo que ocurría en el exterior. Para Argentina, el hecho fundamental fue que el Estado mismo se ocupó y patrocinó la creación de varias instituciones tiflológicas. Entonces, si bien de una parte se favoreció y se colocó a los ciegos en un nivel respetable, por otra parte se descuidó la iniciativa privada o la exploración y la promoción de la ubicación laboral de los ciegos a niveles comunes, que también se hizo pero con poca fuerza, con poca protección técnica. Entre otros casos que ahora recuerdo, puedo contarte que cuando volví de mi beca en el Instituto de Nueva York, traje la idea de formar un comité, aunque fuese honorario, de exploración y promoción laboral en las grandes empresas que ya existían en el país. Hubo una prescindencia estatal llamativa sobre la información que trajimos y que quedó en los cajones, vaya a saber de quién, junto con los libros y folletos que no cumplieron el destino para el cual los repartí...”

Pero internacionalmente la Argentina tiflológica, no mantuvo siempre la política aislacionista que comentábamos. En 1958, por ejemplo, tú participaste en Montevideo en el II Congreso Panamericano, y, desde entonces, continuaste activo en el Consejo Panamericano Pro Ciegos (CPPC), representando a la Argentina. Incluso, fuiste el responsable de la organización del Tercer Congreso que se celebró en Buenos Aires en 1960.

A propósito de este Tercer Congreso, se comentó mucho que hubo gran presión de la Fundación Americana para que no se hiciera el Congreso. ¿Qué fue lo que pasó?

“Cuando organizamos el Tercer Congreso en Buenos Aires, me tocó ser Secretario del Comité Organizador y luego Presidente del Congreso. Coincidió (¡qué casualidad!) con la visita de Mr. Erick Boulter, que en ese momento era el Director Ejecutivo de la American Foundation. Era un distinguido ciego de guerra; era un hombre culto, que ya tenía una filosofía adoptada, una visión de la problemática tiflológica mundial. Estaba al frente de una Fundación que tenía la tendencia al monopolio de las soluciones de nuestros problemas en todos los continentes.

Boulter también tenía mucha influencia en Europa.

Visitó la Argentina, visitó nuestras instituciones; me tocó ser su intérprete.

Tuvimos una relación muy fluida, muy cómoda; yo diría que simpática. Pero

cuando le dije que trabajábamos en la preparación del Tercer Congreso Panamericano, cuyas actividades estaban bastante avanzadas, Mr. Boulter no me sugirió, sino que me rogó, que suspendiera las gestiones en favor del Tercer Congreso, porque la American Foundation no estaba de acuerdo. Creo que planeaban una Conferencia Interamericana en Guatemala. Por supuesto, no hicimos lugar a su pedido.

Oportunamente, cuando convocamos al Tercer Congreso le mandé la invitación. Me contestó. Tengo las cartas donde insistió todavía en la conveniencia de suspenderlo, de hacer algo por disminuir la trascendencia de la reunión.

La Fundación Americana tenía en esos tiempos una enorme, negativa influencia en América Latina y usaba varias armas para ello. ¿Es cierto que entonces calificaron de comunistas a la gente del Consejo Panamericano, para evitar ese Congreso?

“Yo no lo puedo atestiguar, -contesta Pedro-. Pero lo supe, oí esa versión”.

También se habló mucho y se aportaron muchas pruebas, sobre la tenaz oposición de la American Foundation al ejercicio de la docencia por parte de los ciegos. ¿Qué decía Boulter de eso?

“Eso no llegué a conversarlo con él, -recuerda Pedro-, no tuve oportunidad; pero que la filosofía de la Fundación Americana era contraria al ejercicio de la docencia por los ciegos, era evidente; era vox populi. Y no solamente la docencia, sino que hasta discutían la aptitud de los ciegos latinoamericanos para la conducción de las instituciones y para la conducción de sus propios problemas”.

LOS RIESGOS DE ULAC

Después de estas palabras de Pedro, la Unión Latinoamericana de Ciegos (ULAC), es la invitada del diálogo. Esa negación de la capacidad latinoamericana no es nueva, no está superada: pero... tú, que estuviste en las tres asambleas de ULAC y conoces su actuación, ¿crees que cambiaron algo las cosas después de fundada ULAC?... ¿Podemos tener alguna esperanza?

“Creo que aunque sea (o resulte) antipático considerarlo, creo que hay que estar alertas, porque el prejuicio contrario a la emancipación profesional, técnica e institucional de los ciegos está al acecho. Hay gente que está pronta a encontrar la coyuntura para declarar o revelar nuestra incapacidad o nuestra falta de condición o de preparación para defendemos y competir”.

¿VÍCTIMAS O VICTIMARIOS?

Frente a esa situación, que evidentemente hay que corregir, ¿no estaremos nosotros mismos, desde dentro de ULAC, generando esa situación, -aunque sea de una manera simbólica-, a través de los divisionismos y las rencillas que tenemos? ¿O seremos las víctimas de la fragmentación? ¿Qué somos?: ¿los victimarios o las víctimas?

“Somos más las víctimas que los victimarios, -nos contesta-. Todo esto que uno comenta, son criterios que hay que reservarse y poner en el frigorífico y guardarlos para mejores ocasiones. Yo creo que toda la deliberación y todo el examen que puede hacerse de los distintos aspectos, tienen que encontrar una canalización unitaria.

Este mismo hecho de la concreción de la Unión Latinoamericana, para mí tiene un significado muy especial. Tengo que reconocer la fuerza, la intención y la comunión de sensibilidad y de espíritu, de pensamiento, aunque no siempre, lamentablemente, la comunión de acción necesaria en cuanto a concretar más

pronto una serie de objetivos".

-IV-LA PALABRA Y SUS RECODOS

Hablar con Pedro es como andar por una calle con árboles, gente, rayos de sol que rebotan en el rostro o pedacitos de sombra que siguen cada paso; es, en fin, doblar de pronto una esquina y encontrarse con una pregunta colgando de una ventana; o asomada a una puerta apenas entreabierta; una pregunta que se instala sola en ese recodo de la conversación: ¿Cuándo fue que realmente iniciaste tu labor literaria de un modo consciente o deliberado?

"Fue con el amor -responde-. Los primeros amores o enamoramientos fueron, tal vez, el resorte de mis primeros productos literarios".

¿En qué año estamos?...

"En el 37, 38, 39... comencé a escribir. Me acuerdo que la primera manifestación pública fue en dos concursos que hizo La Fraternal en los años 41 y 42. Uno, por el 25 aniversario de la fundación de La Fraternal, en el 1941. El otro, en el 42, como homenaje a Braille".

¿Fue entonces cuando escribiste la Oda a Braille?

"Sí; y fue la premiada. En el anterior también gané el concurso con un Nocturno y un cuento".

Casi no hacemos la pregunta, se hace ella a sí misma: ¿Pensaste entonces en publicar un libro?

"Sí, ya pensaba".

Sin embargo, eso ocurrió en 1952...

"Lo que entonces publiqué, -admite-, fue absolutamente diferente de todo lo que había estado más o menos en proyecto de editar hasta ese momento. Porque seguí escribiendo en esos años, pero poco a poco el trabajo en sí mismo y la tiflogía, digo yo, me fueron invadiendo..."

LIBROS Y FRONTERAS

A veces ocurre con los escritores que viven un momento en que dan el paso, traspasan la frontera y se instalan en la literatura. O sea, mucha gente escribe sin ser escritor, escribe cuando es joven, cuando es adolescente, cuando está enamorado, cuando tiene una fuerte emoción. A algunos de ellos, después, les llega el momento en que se definen y pasan al otro lado de la frontera y, ya, evidentemente, escribir es un acto diferente.

"Sí, en algún momento pudo ser.

Realmente, a mí me tocó escribir casi permanentemente. -Y agrega: Yo tuve la suerte de conocer en el año 1947 a Arturo Cuadrado, que era el Director de la Editorial Botella al Mar, donde trabajaba Luis Seoane, también gallego y escritor. Estuve en contacto con ellos y, a través de ellos, con muchos poetas nuevos y con otra gente. Allí conocí a Lorenzo Varela, que era un poeta español, un hombre muy culto.

Pasé bastante tiempo con ellos. Mi vida social fue con todo ese grupo. Y con ellos tuve la oportunidad de recibir y de estar en el momento en que visitaron el Río de la Plata, Neruda, Nicolás Guillén, Juan Ramón Jiménez, León Felipe, Alberti (que después se quedó y con el que tuve más contacto)".

¿Esa diferencia de tu libro "Entremar" de 1952, con lo que escribiste antes, por el 1940, se debió a que descubriste a Alberti, a esa manera suya de ver el mar?

“No. Yo ya escribía mis poemas de ese modo, -replica-, desde los 40. Muchos, sacados del contacto con el mar que experimenté durante mucho tiempo aquí, en el Uruguay. El primer mar que conocí fue el mar uruguayo. El de Piriápolis...”

MUJER Y POESÍA

Pero volvamos a la mujer (o sigamos con la poesía). Dijiste que tus primeras creaciones arrancan con el amor, con los primeros enamoramientos...

“Siempre digo que la poesía es una de las vías más singulares, y más dedicadas a la mujer, en proporción”.

¿Te parece que la mujer aprecia eso?

“No sé si siempre, -reflexiona Pedro-. El hombre tal vez no repara en la capacidad perceptiva de la mujer cuando le está diciendo, cuando le está dedicando algo. Tal vez le dice lo más hermoso de su poesía a la mujer menos apta, pero lo importante es el eje conductor...”

La verdad es que, de muchas maneras, el célebre “me gustas cuando callas” de Neruda, lo dicen muchos poetas, en algún momento. Tal vez la mujer en silencio es un poco la representación de la virginidad, por más que la voz, la palabra de la mujer, la inflexión de sus expresiones, sobre todo en el diálogo con el hombre, tengan un gran valor de seducción”.

¿Qué es eso de la virginidad, en este contexto?

“La virginidad en un sentido religioso, simbólico”, -razona Pedro-.

¿No te parece un símbolo contradictorio con la esencia de mujer y de ser madre?

“Puede ser un resabio difícilmente desarraigable, aunque tal vez ahora ya no suene tanto, -admite Pedro-. Es una especie de actitud romántica o casi religiosa del hombre frente a la mujer amada, de adoración”.

EL DIOS DE NADIE Y LA INSPIRACIÓN

En este deslizarnos por calles que dan al poema y poemas que dan al mar y mares que retornan cargados de poemas, queremos sorprender a Pedro: ¿Cuál sería el poema tuyo que, sin pensarlo mucho, recuerdas en este momento?

“Un poema que a mí me acompañó mucho tiempo, desde su gestación hasta escribirlo, es “Por que la Esperanza no Muera”.

A veces las preguntas giran, cambian de rumbo. Es, como si entonces, Pedro preguntara o yo me preguntara a mí mismo, ¿cuál de sus poemas recuerdo sin pensarlo demasiado? Brota entonces un pasaje de su poema “El juguete roto”:

“Que venga el Dios de todos, que venga el Dios de nadie”.

Y se nos ocurre averiguar ¿con cuál Dios nos quedamos, si con el de todos o con el de nadie?

“Con el de todos, -responde Pedro-, que es también el de nadie”.

Hay escritores que dicen que su creación se debe a un acto de descargar; o de catarsis. ¿Cómo concebís o vivís tú el momento de crear?

“No lo percibo, no lo registro como un proceso compensatorio -explica Pedro-. Tal vez resulte también una descarga o una especie de catarsis, pero no hay nada deliberado. Es decir, no lo ejercito, no lo ejecuto; viene, se produce. Es un mandato interno. Yo diría, casi: interno pero externo a la vez. Viene de otra parte, considerando lo mejor de la famosa inspiración.

La inspiración es un movimiento del alma que de algún lado se produce; alguien lo empuja. Tal vez sea la efervescencia interior de sentimientos, de reacciones, o de patologías íntimas que no se revelan de otra manera. Pero casi siempre, aun en los momentos de expresión más quejosa o melancólica o aun trágica, para mí

no se refleja como una expresión difícil, como una explosión violenta. Generalmente me parece que es una elaboración lenta, que si uno le da vía libre, avanza, se concreta. A veces hay una idea central, una imagen que ha resultado simpática, que uno desea redondear o rodear de otras cosas, y que está representando o diciendo algo muy particular, para sí mismo”.

ELEGIR LAS PALABRAS... ¡SIEMPRE!

¿Y qué pasa cuando tú estás como poeta? ¿Es muy diferente a cuando estás como tiflólogo? ¿Sentís que hay diferencia o se cruzan en algún punto?

“Se cruzan. Y en mí, se cruzan en el optimismo, que creo me define bastante bien. Frente a casi todas las circunstancias, me parece que el optimismo me hace obrar con un mismo grado de tensión, tanto cuando escribo o compongo algo literario, como cuando me dedico a una tarea de responsabilidad y también de cierta minucia o de cierta exigencia en el detalle, en el estilo. Por ejemplo, creo que uno de los factores importantes en la gestión ante los poderes y los elementos institucionales foráneos, externos a nuestra comunidad de ciegos, necesitan ser tocados con cierta habilidad, que hay que elegir las palabras, siempre, que hay que pensar un poco en qué giros, y de acuerdo a cada circunstancia cuáles pueden ser las palabras más eficaces para convencer, para merecer la atención de la gente o de los instrumentos institucionales que intervienen. Y creo que en eso me he desenvuelto y hasta creo haber influido en algunos colegas más jóvenes.

Creo que eso es importante, sobre todo porque tenemos que luchar, combatir, enfrentarnos con otras modalidades, con otros intereses. El que pueda disponer de una especie de pequeños radares frente a la sociedad en general, va a tener más suerte que si lo hace con un oficio más limitado, demasiado mecánico”.

OFICIOS Y HERRAMIENTAS

Inspiración, optimismo, escritura... modos de comunicarse como poeta, como tiflólogo. Sin embargo, hay una parte instrumental: además del oficio están las herramientas que lo hacen posible. ¿Qué sucede con un creador ciego? ¿Te ha dificultado el hecho de tener que escribir en braille?

“No. Tal vez lo note, sin que sea una dificultad, cuando escribís en la máquina braille en lugar de hacerlo manualmente.

Escribir con el punzón es, para mí, la forma más espontánea, más fisiológica. Claro que, también, escribo con la Perkins...”

Recuerdo tus manuscritos: hojas y hojas; pliegos y pliegos escritos en braille abreviado, en grado 2, o, generalmente, en grado 3, aquella estenografía argentina de 1944... Siempre escribiste así, por eso la pregunta: ¿nunca te pasó que un poema de hace unos años no lo entendieras, por las abreviaturas usadas? “Alguna vez sí, al revisar un poema me he encontrado con algún ripio dentro del estilo en que uno lo ha hecho”.

Otra herramienta para escribir es leer: el libro genera libros. ¿Qué pasaba con las lecturas en tiempos del Instituto, cuando quizás, sin saberlo, construías tus herramientas de escritor?

“Todos los mediodías, la secretaria del Instituto, que también tenía a su cargo la biblioteca, nos repartía libros -recuerda Pedro-. Había proporcionalmente, mucho libro extranjero, francés e inglés. Fueron los primeros libros, ya que yo empecé a leer francés, sobre todo. En el año 27 empecé a recibir “Hacia la Luz”, la revista de la B.A.C. y primer periódico braille de Latinoamérica; y desde su primer

número. A esa edad uno no puede darle toda la significación, la trascendencia que tenía la cosa en sí. Era un disfrute muy grande.

Me formaron mucho las cosas que leía en “Hacia la Luz”. Pegoraro se ocupaba de la parte literaria. También algunas cosas me leían mi padre, mi madre, de los suplementos de los diarios”.

Poco a poco preparabas tus herramientas... ¿Ya en el Instituto, en alguna composición o poema ordenado por la maestra como “deberes”, comenzaste a probar esas herramientas?

“Un asomo muy tímido a lo que es escribir, lo tuve alrededor del cuarto o quinto grado de la escuela primaria -admite con una sonrisa-. Fue cuando empezó el ejercicio de la composición; te daban un tema y había que desarrollarlo. Esa vez, para mí, fue cuando nos encargaron una composición. Tema: el árbol. Yo andaba preocupado, tenía la intención de hacer algo realmente expresivo. Me acuerdo que después hubo otro tema, el amanecer. Parece que ahí yo encontré una especie de molde, que me sirvió para varias ocasiones...”

-V-GALERÍA

Es imposible hablar con Pedro, sin que, de un modo imperceptible, cálido, melancólico pero alegre al mismo tiempo, se vaya formando una entrañable Galería... Ahora nos sucede eso... De la Galería saltan diferentes personajes, algunos que no necesitan presentación, otros que se presentan a través de la evocación de Pedro; todos recortados con luces y sombras propias, con ternura indeleble.

LAS CHICAS DEL INSTITUTO

“Había algunas muy desenvueltas, muy hábiles, que se comportaban como personas normales y otras que, en cambio, se notaba que tenían mayores dificultades para desplazarse, para ubicarse y hasta cierta postura estática. Cuando yo llegué al Instituto tenía siete años y recuerdo que me pusieron en el jardín de infantes, que era bastante heterogéneo, porque había alumnos de varias edades. Recuerdo que una vez la maestra llevó a una niña (que a mí me parecía una señorita) y le hizo recitar un poema o decir algunas palabras. Tenía una voz muy hermosa, muy expresiva. Resultó ser Rosita D. Arcangelo; entonces tenía doce o trece años. Esa es la primera que recuerdo como impresión particular.

Al año siguiente, cuando empecé a estudiar piano, teníamos auxiliares de música. Eran ciegos o ciegas. Había muchachas mayores que ya habían terminado o estaban terminando sus estudios. Eran muy buenas instrumentistas: pianistas, organistas,... Recuerdo que ellas supervisaban los estudios, las prácticas: Marina Genero, Diana Rodríguez, Elda Corrado; cada una con su personalidad. Todas ellas, en ese tiempo, con el auspicio del Ministerio de Educación, ingresaron como profesoras de coros en las escuelas normales comunes. Tenían a su cargo la formación de los coros escolares.

El desempeño era interesante y se destacaban en más de una ocasión.

La enseñanza y la educación en general tenía algunos apoyos estructurales que aseguraban el desenvolvimiento normal de la disciplina en clase, lo que favorecía que hubiera una maestra ciega. No tenían que luchar, sobre todo con los aspectos más evidentes de la indisciplina. Había travesuras, desde luego, pero todavía se

conservaba el clima de respeto tradicional y funcional, del estudiante al profesor”.

ÁNGELA ARCE

¿Qué puedes contarnos de Ángela Arce que fue maestra tuya en el Instituto?

“Doña Ángela Arce... Se había educado en la famosa escuelita del Asilo de Huérfanos, que empezó con Lorenzo y González o mejor dicho, con aquel sacerdote italiano, Mercatti, que duró nada más que un año. (Para mí siempre fue una incógnita, que me hubiera gustado develar), el por qué Mercatti fue dado de baja siendo -como lo era- un especialista en educación de ciegos).

Ángela Arce se incorporó al Instituto cuando éste se oficializó (1909-1910); mientras su distinguido condiscípulo Balcarce se quedó entonces en el Asilo de Huérfanos como profesor de religión.

Con ella cursé en el Instituto el que se llamaba primer grado inferior, en el año 26. Era un poco rezongona. Recuerdo que era exigente precisamente en el manejo del braille, en la corrección de la lectura, de la escritura...”

JULIÁN BAQUERO

¿Y de Baquero?... ¿Qué puedes decirnos de Julián Baquero?

“Mis primeras visitas conscientes a la Biblioteca significaron mis primeros contactos con Julián Baquero, a la vez que la iniciación de mi relación casi familiar con la B.A.C. mantenida hasta hoy, aunque con desiguales intermitencias en el tiempo. Baquero fue indudablemente un ejemplo, un símbolo de la actividad, de la prudencia, de la reflexión y también de las conductas frente a los ciegos y frente a las personas videntes.

Cuando pienso en él o le oigo nombrar, lo que me aparece es su imagen en el ámbito de la Biblioteca y su imagen siempre apacible, siempre conciliadora y siempre alerta, dentro de un margen de gran modestia. No era un hombre de grandes aspavientos o de grandes expresiones. No. Todo en él fluía de un modo muy humilde, muy directo, muy respetuoso del prójimo, tratase de quien se tratase, ya fuera un joven o un adulto, o sencillamente un visitante o potenciales colaboradores de la Biblioteca.

Era un individuo renovador, pero disciplinado, metódico, que no se entregaba fácilmente a entusiasmos promisorios, sino cuando, verdaderamente, tenía los elementos en la mano o se disponía de los recursos que llevaban a la realización del objeto propuesto.

Era un gran corresponsal. Se comunicaba con todo el mundo. Conocía francés e inglés, pero creo que no los manejaba; tal vez los leía, y tal vez los usase en alguna correspondencia. Se valía del esperanto, como muchos ciegos en todo ese período.

Cuando llegó a Buenos Aires, ya traía un proyecto cultural. Su idea era fundar una biblioteca para ciegos, idea que encontró eco inmediatamente entre algunos ciegos europeos ya radicados en Argentina y en algunas personas videntes que acompañaron todo el proceso de elaboración previa, e indujeron a la fundación de la Biblioteca en 1924. Entre ellos, un periodista, escritor y poeta, Aberto Larrán de Bere, que era secretario de la Editorial Atlántida en Buenos Aires y le dedicó mucho entusiasmo, mucho amor, a la cosa de los ciegos y que respetaba muchísimo a Baquero como líder”.

Cuando tú hablabas con Baquero en aquellos dramáticos años de la Guerra Civil Española, ¿qué decía?, ¿qué te comentaba?...

“Baquero trataba de abstenerse de declaraciones; su sentimiento era más bien afectivo y dolorido, respetuoso del acontecer de la Guerra Civil en sí misma, como hecho, pero él estaba con el sentimiento revolucionario popular”.

Y cuando se creó la ONCE, en el 38, ¿te hizo algún comentario, te dijo algo?

“No. El, personalmente, tenía la misma información, prácticamente, que teníamos todos. Se había agregado en esos años, un español, Manuel Iniesta, que había emigrado a la Argentina: había llegado a ser Secretario de los primeros escarceos institucionales de la ONCE, cuando todavía no se había oficializado. Se supone que por alguna implicancia, tal vez política, prefirió salir de España. Estuvo en Argentina y trabajó mucho por la Biblioteca. Era notorio que estaba familiarizado con el mundo de los ciegos. Tenía sus confidencias con Baquero (de eso yo no sabría decir hasta qué grado o hasta dónde llegaban las manifestaciones)”.

Una cosa que Baquero trajo debajo del brazo desde España, fueron sus poemas, sus cuentos. Cuando tú te acercabas a él, ¿a quién te acercabas: al literato o al tiflólogo?

“Lo conocí como escritor con posterioridad. Él no se ofrecía, no se mostraba, si no se lo pedían especialmente.

Yo guardo siempre la impresión de que Baquero sacrificó su vocación y sus dotes literarias para privilegiar la otra, la social y humana, la tiflológica. Su poesía era clara y significativa; tenía gran disposición para la fábula y el apólogo; buen cuentista; ensayó el teatro y la novela también. Cuando conoció algunas de las cosas que yo hacía, me publicaron ya entonces en “Hacia la Luz”. Claro que en todo esto tuvo mucho que ver Pegoraro. Él trabajaba mucho con Baquero y le habló de mí. Pego -como lo llamábamos familiar y cariñosamente todos- se interesaba siempre por toda la gente que hacía alguna cosa distinta. Baquero me estimulaba, aunque en eso sí era conservador. Se reía mucho: “Estos versos modernos, que no tienen rima ni metro...” -solía decir no sin cierta sorna-.”

Y, A PROPÓSITO DE ANTONIO PEGORARO...

Me parece que hemos venido mencionándolo, pero sin presentarlo, como correspondería, según mi opinión, que creo debe ser la tuya también...

“Es que Pego -acota Pedro- ha sido como un atributo natural, espontáneo, del ámbito tiflológico porteño y argentino, ya desde su misma adolescencia. Lo conocí encontrándome ya en el pabellón de los varones en el Instituto de Rivadavia (yo contaría unos 14 ó 15 años). En los recreos u otras pausas, él se paseaba junto con los muchachitos mayores, y creo que su voz, su conversación con ellos, me atrajeron, me acercaron a esos grupos. Pego estaba empleado por entonces como coordinador técnico y asesor de la imprenta, que dirigía un señor francés, M. Capart; y Pego aprovechaba de paso para aumentar y mejorar su manejo del francés -que leía con toda propiedad casi desde su infancia-.

Me tocó cumplir mis horas de taller, durante cierto tiempo, en la colaboración dentro de la imprenta, y eso me aproximó y me aficionó aún más a él, que participaba de nuestros diálogos mientras trabajábamos: le gustaba escucharnos y estimularnos en nuestras ocurrencias. Recuerdo que una vez me oyó improvisar una invención sobre una excursión al infierno -cuyos detalles se me Escapan ahora-; y eso parece haber acentuado su propia curiosidad, y noté que me distinguía en lo sucesivo de alguna manera. Esa relación se intensificó y motivó, porque él averiguaba siempre por mis incipientes composiciones poéticas

y ficciones elementales. Como es lógico, yo a mi vez seguí penetrando en el inmenso mundo de Pegoraro, que era un mundo exquisito, de literatura, de música, de poesía, de sorprendente sabiduría, de belleza.

Su lúcida inteligencia, su prodigiosa memoria, su interés y su amor por la vida y las ideas de los hombres, su serenidad de juicio, su prudencia, su talento creativo en la música, sus aptitudes de pianista: todo eso era un regalo surgente, generosísimo y hasta casi contagioso. Tuve entre otros muchos] el gran privilegio de su amistad, de su maestría, al punto de que ya desde varias de mis últimas vacaciones de verano o alguna otra más o menos larga, me brindara su visita en mi propia casa, lo cual era una verdadera fiesta para mí, como creo que lo era para todos sus amigos y discípulos.

Pego había participado, directa o indirectamente, en todos los acontecimientos tiflológicos que fueron desgranándose desde su iniciación casi hasta el final de su vida, donde su tolerancia, su paciencia y capacidad de comprensión ayudaron a la conciliación y el respeto mutuo de quienes se esforzaban o luchaban a su alrededor.

Pego estuvo en la fundación de “La Fraternal” (primera entidad de ciegos), en la de la B.A.C. (1916 y 1924, respectivamente); fue colaborador activo de Julián Baquero, sobre todo en la elaboración y la redacción de “Hacia la Luz”. Como dirigente, representó siempre el equilibrio, la mesura, la humildad, más su afecto sincero y justiciero hacia todos y cada uno.

Sembró y cosechó amigos en todos los ámbitos que frecuentaba, desde los más exigentes y calificados, hasta los más modestos y anónimos. Fue siempre muy respetado y querido.

Ese fue Antonio Pegoraro.”

RAÚL DÁVILA

Nadie mejor que Raúl Dávila para cerrar esta breve, emotiva galería en la que Pedro nos dejó asomarnos para atisbar, buena parte de sus orígenes, sus veneros, sus siempre cálidas evocaciones...

“Para mí era como una especie de gran sacerdote o de profeta -nos dice-: Sin que yo pudiera señalar grandes expresiones o ideas directrices de él, su actitud me parece que tenía una especie de diafanidad espiritual e intelectual, aunque tal vez no tuviese una gran cultura.

Raúl me daba la impresión de una de las personas más sanas espiritualmente y vigilante, apaciblemente vigilante, de los hilos de la maraña con que se iba perfilando el futuro de nuestra tiflología. Para mí, sobresalía del grupo de sus propios compañeros del Consejo Panamericano y me parece que en más de una ocasión las actitudes o los procedimientos de algunos de ellos y, después, cuando el Consejo pasó a otras manos, hubo alguna mancilla de ese estado espiritual suyo.

Creo que Dávila debió haber seguido mucho más cerca del movimiento de lo que pudo hacerlo. No sé si lo idealizo un poco, pero a mí me pareció uno de los tiflólogos más limpios, sin ambiciones personales, sin quisquillosidades, sin celos, eso que hemos visto y vemos con tanta frecuencia en nuestra grey tiflológica”.

-VI- SER OPTIMISTA, TODAVÍA...

Si no es fácil reportear a un amigo, a un colega, a un maestro, a un “compañero

del alma”, tampoco es nada fácil encontrar el modo de cerrar esta conversación. Aunque sea mucho lo que ya hemos hablado, todavía “...tenemos que hablar de muchas cosas”...

Nos lanzamos, entonces, por una pregunta que a muchos nos acosa, nos atormenta, nos indigna: ¿qué idea te dejan los desaparecidos políticamente?... “Allí está el proceso de lo revolucionario, en el mejor sentido, -reflexiona Pedro-, dejando de lado la interpelación o la coincidencia mayor o menor que se pueda tener frente a estos hechos.

Es terrible pensar que se pague con la vida la posesión de una idea, la inspiración de un sentimiento, que siempre está dirigido, aún con error en algún caso, a la obtención de la justicia. De la justicia que involucra todo lo demás, la libertad, la verdad, que son los elementos que hacen a la condición humana más estricta, más deseable. Yo no puedo evitar, pese a todas las higienes mentales que uno pueda prodigarse, la reacción vengativa. No sería, a lo mejor, capaz de llevarla a cabo, pero cuando uno se enfrenta con los hacedores de esa injusticia, con los criminales (que no son inconscientes), creo que podría tener un arma en las manos y decir: “vamos a tomarnos el desquite”. Tal vez no sea más que una reacción. Tal vez, lo que nos contiene e impide que la cumplimentemos son los llamados principios de civilización, de ética que, de algún modo y tan desafortunadamente, nos han ganado como para salvar el nivel superior, si es que estamos en él, o cerca de él”.

Y, mientras Pedro deja caer estas palabras, preparamos otra pregunta, otra que, a todos nos involucra; una pregunta sobre la cual, todos, en algún momento, nos interrogamos o interrogamos a los demás: Pedro, tú, que te formaste en otra época y que transitaste por las dos guerras, por una serie de cambios a nivel de América Latina, a nivel de la ciencia, a nivel de todo, ¿no es casi sorprendente llegar a un 1993, en el cual cambió el esquema de hace cinco años, que el muro de Berlín ya es reliquia, que la URSS ya es historia?

“Sí, es asombroso. Es un vértigo que nos hace preguntar a cada rato: ¿qué va a pasar ahora, qué va a pasar mañana, si cada dos, cada tres años, y a veces en períodos menores todavía, el mundo se encuentra frente a modificaciones o a hechos que lo reorientan o lo remueven en sus bases y hasta le ofrecen mundos o formas de vida desconocidas, que no se sabe cómo van a ser resueltas? A mí me resulta hasta (no sé si decirlo), alarmante, porque trato fútilmente de ser optimista, todavía; pensar que esta aceleración sistemática y vertiginosa de todo el ser humano va a tener que encontrar su propio ritmo, su acomodación, y tiene que ser siempre en función de lo humano, lógicamente.

Es decir, el hombre no puede sacrificarse de tal manera que desaparezca y que pierda todo rumbo. Tal vez eso ocurra así, al final, que los grandes temores que se albergaron contra el peligro de la bomba atómica durante tantas décadas, ahora se trasladen a otras inminencias, que no definimos todavía o que no conocemos.

¿Cómo se va a salvar la humanidad? Yo sigo una idea que es recurrente en toda la gente que más o menos lee, o que piensa, o que vice con intensidad, esa idea es la esperanza de que siempre hay un ciclo de retorno, de recuperación (si no total, parcial, aparentemente necesaria) de lo transcurrido, de lo experimentado, para que el hombre vuelva a equilibrarse, vuelva a otro período de felicidad más o menos general y más o menos meditada, responsable, desde el punto de vista

humano. Pero todas esas definiciones son al fin de cuentas, relativas”.
¿No te preocupa, Pedro, la caída en el individualismo que se está dando a nivel mundial? Hay malas palabras como la solidaridad. ¿Saldremos de eso?
“Espero, quiero pensar que sí. Tal vez con las ventajas, eso siempre, de la incorporación de las nuevas creaciones y de las nuevas experiencias, es decir, convertir todo lo que se crea y todo lo que se experimenta en materia positiva. Tal vez, como el gran misterio de la vida cósmica, tengamos que aceptar el misterio del futuro de la especie, porque al paso que vamos creo que no podemos imaginarnos qué va a ocurrir nada más que en medio siglo más”.

CRONOLOGÍA INFORMAL

Pedro nació en Valparaíso (Chile) el 20 de marzo de 1918. Desde el 20 de septiembre de 1920 vivió en Buenos Aires y alrededores.
En 1925 ingresó al Instituto de Ciegos. Cursó la Primaria completa y recibió una rigurosa y esmerada formación musical. Entre 1949 y 1951 cursó diferentes materias en el Instituto Libre de Estudios Superiores. De 1954 a 1955 estuvo becado en el Instituto de Ciegos de Nueva York.
A partir de 1939 -a pocos meses de egresar del Instituto- y por espacio de 30 años, se desempeñó como profesor de música -particularmente de Musicografía- en la Escuela “General José de San Martín”.
En 1952 fue designado Director de la Biblioteca para Ciegos del Estado que, por su iniciativa, pasó a denominarse Biblioteca Julián Baquero.
En 1960, por invitación del Rotary Club, participó en la fundación del Instituto Chaqueño para Ciegos en la ciudad de Resistencia. Más tarde, 1965, fundó y fue Director de la Escuela Hadley para Ciegos (Zona Sur), cargo en el que se desempeñó hasta 1985.
Su actuación en el campo técnico-profesional vinculado con la temática de la ceguera, se inició en 1944 cuando ocupó la Secretaría de Actas de la Conferencia argentina que aprobó el Tratado de Estenografía Superior (Grado 3). De 1949 a 1950 integró la Comisión que estudió el Tratado Argentino de Musicografía.
Desde 1956 a 1962 dictó periódicamente conferencias y cursos en Montevideo. Al crearse en el Instituto Superior de Especialización Docente para la Enseñanza Diferenciada (ISEDED), de la ciudad de La Plata, el Curso de Formación de Maestros para Ciegos, inauguró las cátedras de “Aspectos Psicológicos de la Ceguera” y “Orientación Ocupacional del Ciego Adulto” que desempeñó desde 1961 hasta 1967. En 1965 participó en el Primer Congreso Nacional de Ciegos (Córdoba) y fue cofundador de la FADIC (Federación Argentina de Instituciones de Ciegos). En 1966 fue miembro fundador y Presidente de la Asociación de Docentes Ciegos de la Argentina (ADCA); en 1971, de la Asociación Argentina para el Estudio de la Recuperación del Ciego y del Ambliope (ASAERCA), en la que se desempeñó como su primer Secretario y Co-director de su órgano, la Revista Argentina de Tiflogía, y más tarde en otras funciones, aparte de Presidente durante varios años; en 1973 fue promotor de la que luego se tituló Unión Argentina de Ciegos y Ambliopes (UACA); ese mismo año participó de la Conferencia Iberoamericana para la Unificación del Sistema Braille, en calidad de coordinador de comisiones técnicas; fue Presidente del Club Luis Braille (1986-1989) y, desde 1986 ocupa la Secretaría General de Asociación de No

Videntes “La Fraternal”.

En el campo internacional representó a Argentina en el II Congreso Panamericano de Ciegos (Montevideo, 1958).

Desde ese momento participó en todos los Congresos Panamericanos: Buenos Aires (1960) -del cual fue Presidente-; Montevideo (1964), Miami (1973), Maracaibo (1977), Panamá (1981) y Mar del Plata (1985). Participó en la asamblea fundacional de ULAC (1985) y en sus congresos y asambleas de 1988 (San Pablo) y 1992 (Concepción).

En 1962 viajó por Inglaterra, Francia y España; en 1979 y 1984 intervino en San Pablo (Brasil) en la III Asamblea de la Asociación de Editoras para Deficientes Visuales de Iberoamérica y en la Conferencia “El Progreso a través del esfuerzo conjunto”, respectivamente. En 1971 participó en la Conferencia Técnica de Bogotá (Colombia); en 1985 fue expositor en el Seminario-Taller “Textos para niños Ciegos” (Montevideo). En 1986 dictó cursos de estenografía en Concepción (Chile) y en Santa Cruz (Bolivia).

Paralelamente, en 1952, publicó su libro de poemas “Entremar”. Antes había preparado un libro aún inédito: “Preludio, Canto y Tregua”. Muchos de sus poemas aparecieron en diversas publicaciones. (El propio Pedro calcula que tiene una media docena de libros, por lo menos, que podría editar). Al crearse el Premio Literario Tiflos en España, ganó importantes premios en sus dos primeras ediciones (1986-1987) con los poemas “Ajuste de cuentas” e “Interpelación a un viejo jardinero”. En 1993 también fue premiado en el Concurso Internacional de Poesía organizado por ULAC, por su poema “Soliloquio de la Patria”.

FONDO TIFLOLÓGICO LATINOAMERICANO

EDITOR: ENRIQUE ELISSALDE

FUNDACIÓN BRAILLE DEL URUGUAY

DURAZNO 1772

11.200 - MONTEVIDEO

URUGUAY

LA PRESENTE PUBLICACIÓN ESTÁ AUSPICIADA POR LA ONCE
(ORGANIZACIÓN NACIONAL DE CIEGOS ESPAÑOLES)

D.L. 247.070/94